

Yamilet Fajardo
La caja de cerillos

Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2013

Jurado

Juan Carlos Canales, Mariano Morales, Enrique de Jesús Pimentel

Yamilet Fajardo
LA CAJA DE CERILLOS
Una novela en verso

Área de Arte y Cultura
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2014

Portada

TopTenTrío

Edición al cuidado de

Laura Elena de Jesús Ramírez Ramírez

La caja de cerillos

Una novela en verso

Primera edición, 2014

DR © Yamilet Fajardo

DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-607-8368-07-5

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

A mis hermanos, todos

La buscamos en los corredores de su mano izquierda

Por la mañana, bajo el sofá, mi hermano pide
que le encienda un cigarrillo; a cambio,
me inventa un nuevo nombre.

Recojo un fósforo del armario, mi hermano
se asoma por las grietas de mi falda, moldea
en mis pechos castillos de ceniza.

La llenamos de arena. Las hormigas trazan
un laberinto. Nos recostamos a esperar
a que alguien salga.

A Benjamín le gusto cuando la hago sonar, dice
que llueven luciérnagas. Se quita el sombrero
y jugamos a cazarlas.

Por la noche la escondemos de los grillos
que se posan frente a la estufa.

Ni mi hermano ni yo recordamos
en qué lugar está.

Convenimos para la caja un lugar que no la delatara

Entre cajones atiborrados de horas,
 horas vueltas días, semanas y meses de polvo,
 mi hermano sigue derecho las molduras para
 encontrarla, luego viene a mí y nos encerramos
 en las cortinas. Dos cortinas para cuatro brazos.
¿Vienes también? Como decía, dos cortinas para
 cuatro brazos. Encendemos un fósforo. Luz
 en la casa dormida.
Careces de forma, me dice mi hermano que está
 a punto de quemarse un dedo.
 Me pide que calcule cuántos cerillos hemos perdido.
 No quiero pensar. Me siento triste cuando pienso.
 Es una rasgadura de la memoria.
 Los muebles se recuestan en su sombra.
 Quiero ponerme el camisón de noche.
 Mi hermanito me escribe operaciones en las manos.
 La caja nos mira con su tierna indiferencia.

El vestido era verde

Mario charla con la caja de cerillos. Cuando
 mi hermano y la caja de cerillos charlan,
 me dicen que no existo.
 Entonces la casa se comporta como si estuviera
 en una casa ajena.
 Voy en busca de hebras verdes. Una voz de tubería
 de agua que se abre y cierra me colma la cabeza.
 Nadie ha visto una hebra verde desde
 que mi hermano y yo prohibimos el verde;
 la causa fue la desaparición de los crayones
 verdes. No hubo sospechosos.
 Hasta el momento el mismo verde es el culpable.
 Tengo cuidado de no pisar al gato, pero hace cuatro
 años que no tenemos gato. Abrimos las ventanas
 por si regresa.
 Ya recuerdo; necesito hebras verdes. Mi hermano
 dice que las mujeres verdes son más reales.
 El deseo vivísimo de leche atrae libélulas a mi sostén;
 corto su patas: así voy tejiendo este vestido.

Bajo las costuras de un vestido verde corre el dolor

Gerión era un monstruo todo en él era rojo

ANNE CARSON

El zaguán amanece húmedo como después
de una lluvia, pero no ha llovido desde 2003.
Hoy es uno de esos días en que me pesan los senos
por toda la casa.

Desde una escalera mi hermanito apunta
a las moscas con la manguera. *Luces ambigua,*
me gritó.

Arrastré con una escoba los pequeños ríos
al drenaje; los cadáveres de las moscas quedaron
apilados en el muro.

Mi hermano bajó con la caja de cerillos.
Las guardaremos aquí hasta navidad, musitó
jadeante. Solemos recolectar moscas antes
de que el invierno se las lleve.

En la casa todo estaba a oscuras, salvo por una luz
en la ventana del mosquitero. *Te siento vacía
y sola, como un farol que husmea un edificio
sin cortinas,* me dijo.

Es el dolor, una sensación persistente, exhalé
mientras apartábamos las moscas: las rotas
podían enmendarse; en cambio, las que habían
perdido sus alas no tenían valor.

*Hay niños que se consideran monstruos, sabías;
en mi caso es cierto. ¿Recuerdas a Gerión,
ese monstruo rojo dedicado al ganado,
rojo también? Soy él, pero en verde luego
de que lo matara Heracles por unas cuantas
vacas.*

Y mi cabello. Mi cabello no tiene cabida.

Mi hermano volvió a subirse a la escalera,
me lanzó un estambre de colores. *Adornemos
de una vez,* alcancé a escuchar.

Tomé la que tenía una extraña agitación de luz
alrededor de las alas; cuando terminamos
de colgarlas todas, la mosca aún parecía estar
viva.

5

Todas las moscas del zaguán proceden de mis días
de estreñimiento

Yo misma soy una mosca de carne y pestañas
parada en la nariz de un hombre serio.
Es así como llegan:

un vientecillo las despliega de mi vestido verde
y ellas, fieles a sí mismas, se quedan a vivir
en esta casa.

Nos resulta complicado saber quién es quién,
por eso nunca charlamos. Están muy ocupadas
para contar sus patas
hasta que se caen del techo y van llenando la tetera
con sus cuerpos.

Algunas se quedan muertas, pegadas en las lámparas;
yo me recuesto y espero
con la boca abierta.

6

Una sucia mañana de sábado el despertador
no timbró

Una lata de gaseosa rodaba por el pasillo en busca
de su alma. La manecilla de las doce me golpeaba
la cabeza.

Una sacudida para regresar a la manzana podrida
de todos mis días. Como de costumbre,
mi hermano se había despertado con una erección
y hoy no traía calzones.

*¿Y si reemplazamos al despertador por la caja
de cerillos? Exhaló. Las cajas de cerillos nunca
fueron buenos despertadores, pensé. Como
quieras, respondí.*

Los platos de cereal seguían recostados sobre
el fregadero, las cortinas cerradas, las sillas
dormidas.

Llevaba una colilla de cigarro clavada en la planta
derecha. El café de hace tres días vino a mí como
de un sueño.

Tengo hambre;

era la voz de mi hermano que bajaba diminuta
por la escalera. *Mi cuerpo es una caja cerrada.*

Esta casa es terrible. ¿Por qué seguimos aquí?

Torno a él,

las paredes también esperaban.

«Si me lo preguntan, no sé por qué es mi hermano,
o si la palabra *hermano* tenga que ver
con que estemos juntos;
sólo cuando jugamos a los esposos y él entierra
su pene en mi vagina,
sólo entonces sé muy bien lo que somos».

El sábado transcurre blancamente

Salía humo de la tostadora. Cada vez que alguien la conecta se funde todo.

El cable de electricidad estalló en leves chispazos; mi hermano hacía lo posible porque cayeran en su boca. *Cuando trague lo suficiente seré un meteorito*, decía.

La televisión proyectaba la sombra de un pájaro; era nuestro programa predilecto. Luego nos enojó la idea de un pájaro, así que el televisor proyectó a una mujer escuchando en la oscuridad.

Cuando repares la tostadora podremos ir de nuevo a la cama, prometí a mi hermano. *¿No puedes coger sin pensar en la tostadora?* Me replicó con sorna.

Salí a despertar a las caléndulas. Extrañaba las horas que pensábamos en cosas importantes, como el alfiler con el que nos topamos hace bastantes años.

Teníamos el proyecto de un chal amarillo. Tardamos cinco años en juntar las hebras de ese color.

La idea de un alfiler nos molestó en ese momento, pero nunca dejamos de pensar en él. *Ven, ayúdame con la tostadora*; era mi hermano.

El televisor comenzó a transmitir la suela de un zapato. La tostadora estuvo lista. *Ojalá tú la conectes la próxima vez*, pensé.

Es simplemente otro sábado por la mañana en que yo río y tú lloras, lo dijo mientras me abría la puerta de la habitación.

Podríamos advertir que vivió un gato

Mi hermano lo llamaba Rimbaud y yo Hölderlin.
 Lo dejábamos caer desde una larga distancia para
 asegurarnos que tuviera siete vidas.
 Huyó siguiendo el corredor de pelusa
 que atravesamos hace bastantes años.
 Probablemente vive en la planta alta. Mi hermano
 y yo nunca subimos a la planta alta. El gato sí.
 Él tiene pasos. Nosotros apenas tenemos pies.
 Él podía salir al patio y llenarse de lodo.
 Nosotros apenas imaginar la consistencia del lodo.
 El patio era un candado cerrado al aire libre.
 Nosotros el gran agujero de las aguas.
 El gato olvidó las huellas que arrojó por toda la casa.
 Álvaro y yo no sabemos leer, pero sabemos
 lo que dicen:

Las huellas trazadas con dirección al zaguán forman
 su autobiografía, una donde mi hermano
 y yo fuimos borrados
 mientras que las huellas con dirección al ático
 son versos de odio escritos con veneración.
 Hay otras que van a cualquier parte y dicen nada,
 otras que siguen los zapatos cuando intentan
 deshacerse de nosotros,
 y éstas,
 que nos hacen andar en círculos.

Mi hermano sintió que algo faltaba

Semana y media buscando las ventanas. Jamás nos hizo falta una. Hasta hoy, que él insiste en arrojarme de la planta alta.

Celebración de lo inútil

Mi hermanito siempre ha sido estúpido. Un día su estupidez fue mayor: quería meterse en esta caja de cerillos. Probó encogido de hombros, pero no cabía. Siguió con la cabeza; su cabeza no entró. Cada intento un fracaso nuevo. Las manos le dolían por el esfuerzo. Temí. Luego me agradó la idea de un hermano manco. La noche cayó a gotas sobre nuestra habitación. Mi hermano, a fuerza de martillo, intentaba meter un pie. Temí. Luego la idea de un hermano cojo me fascinó. Lo intentó de nuevo; quizá la clave era el ángulo de la caja respecto a su cuerpo. Notó que la caja era cada vez más grande y él más pequeño. «Para meterte a una caja de cerillos, antes vacíala del mundo», escribió en la pared.

*Pedí entrar en la caja de cerillos, pero el mundo
estaba dentro,
cada lugar y cada espacio le pertenecían. El mundo
yace en esta caja de cerillos,
sin mí
y sin ti. El golpe dejó una grieta en la pared.*

12

Vuelta a «Celebración de lo inútil»

«Para meterte en una caja de cerillos, antes vaciáala del mundo». Una grieta en la pared que no logramos sellar.

«El fósforo fue descubierto por Henning Brand, alquimista de Hamburgo, entre 1669 y 1675. Brand intentaba fabricar, partiendo de la orina humana, una sustancia que transformara los metales no nobles en plata.

En 1669 o en los años sucesivos recogió cierta cantidad de orina y la dejó reposar durante dos semanas.

Luego calentó esta orina pútrida hasta el punto de ebullición y quitó el agua, reduciéndolo todo a un residuo sólido. Mezcló un poco de este sólido con arena, calentó la combinación fuertemente y recogió el vapor que salió de allí.

Cuando el vapor se enfrió, formó un sólido blanco y cerúleo, una sustancia muy inflamable que brillaba en la oscuridad y a la que llamó «fuego frío».

Eso me explicó mi hermano. Si me lo preguntan, no parece ciencia, más bien parece un episodio de Borges.

Semanas orinando en los rincones

La orina dejaba un charco amarillento que se evaporaba con el sol y expandía el hedor por toda la casa.

Había jarras de orina, vasijas, botellas, la batería de cocina que nunca desempacamos, copas de cristal e, incluso, los cocoteros de mis muñecas repletos de orines.

Hacía semanas que mi hermano se había encerrado en la cocina. Estaba seguro que al hervir la orina humana y dejarla ventilar por suficiente tiempo daría como resultado el material con que están elaborados los fósforos.

Esa fue la temporada más larga que me separé de él.

A no ser por mi orina, mis citoplasmas peligrosamente irregulares, podría asegurar que se había olvidado de mí.

Aquí debemos de advertir, para la perfecta comprensión de nuestra historia, que estos seres, cuando se encuentran aislados, se llaman Antonio, y que cuando se encuentran en grupos se llaman José; sus mujeres, cuando la cantidad de glóbulos que las forman pasan de un metro de altura, se llaman Carolina; cuando no llegan a un metro, se llaman Rose Marie.

HANS ARP Y VICENTE HUIDOBRO

15

«Para la perfecta comprensión de nuestra historia»,

Mi hermanito y yo elaboramos —cada uno— la nómina de nombres que él inventa para mí, seguida de la nómina de nombres que yo invento para él.

Nombres que yo invento para él

Mi hermano se llama Benjamín por las mañanas;
 Carlos Federico por las noches. El humo
 de cigarro le da un aire de Roberto; el humo
 que lo peina, Baltazar.

A distancia me parece un árbol y lo llamo Árbol,
 de cerca me parece rumiante y lo llamo
 Rumiante.

Su nombre de pila es Marco Antonio. Me gusta
 llamarlo Mauricio los martes y los sábados
 que abrimos las ventanas y el sonido
 de una locomotora hace realidad a un tren.
Samuel,

*te amo, le digo de pronto, pero no puedo amar
 al Tadeo en quien te has convertido.*

En el fondo se llama Julio César. Los martes
 y los sábados le digo Mauricio, me gusta porque
 cocinamos sobre una sartén dorada el retrato
 de un extraño. Cada vez más parecido
 a él; cada vez más parecido a mí.

Nombres que él inventa para mí

Si creo que está dormida, se llama Rose Marie.

Si creo que está despierta, se llama Marie Rose.

Si me toma de la mano derecha, se llama Carolina.

Si me toma de la mano izquierda, se llama

Jazmín.

Cada vez que llora y gotea la casa, Berenice.

Al cuarto para la hora, Susana.

Cerca de una lámpara encendida, Helena. Cerca

de una lámpara hecha polvo, Beatriz.

Cuando rompemos el entablado de los pisos para

ocultar la cabeza, Lidia.

Cuando es noche y debo despojarla de su vestido

verde con los fórceps, Verónica.

Cuando sus pies violetas no me alcanzan, Airis.

Cuando me apunta con su vientre de repuesto,

Evelyn.

Cuando le piso un tobillo por descuido y amenaza
con marcharse, Gema.

Cuando jugamos a los esposos y nos recostamos,
cada quien en su sofá, y quiero hablarle, pero ella
se levanta a recoger la ceniza de la tarde,
Airam.

18

Coloquio

Angélica: ¿Te he dicho que hay una gota
en la veranda? El enómetro marcaba veinte.

Eusebio: Tengo trabajo. Miro la caja.

Sofía: ¿Te he dicho que el aire está lleno de nuestros
gritos?

Gonzalo: Déjalos. A ver qué hacen sin nosotros.

Estela: ¿Te he dicho que mi nombre verdadero
es Gloria?

Víctor: Tu verdadero nombre no te ha sido dado.

Berenice: ¿Te he dicho que mientras dormimos,
cada quien en su lado, una ola caliente
pasa entre nosotros y hay algo de mí y algo
de ti que se va con ella?

Tristán: Tú y yo nunca dormimos juntos desde que descubriste que la casa se despinta por las noches. Tú duermes una noche mientras yo pinto, y yo duermo la otra noche mientras tú pintas; así la casa mantiene su color.

Angélica: ¿Te he dicho que descubrí una gota en la veranda? El hidrómetro marcó cincuenta.

Eusebio: Estoy ocupado. Reviso la caja.

Lulú: ¿Te he dicho que perdí un zapato?

Marco: Uno y otro se necesitan, algún día volverá.

Vanessa: ¿Te he dicho, aún con mi uña encarnada, que me siento sola?

Emilio: No permitiste que la tía Miranda viniera a platicar, ni llamadas telefónicas, ni los buenos días, nada. Sabes de qué murió la tía Miranda. Murió de silencio.

Valeria: ¿Te he dicho que pienso dejarte?

Abel: Lo sé.

Angélica: ¿Te he dicho de la gota en la veranda? El termómetro marcaba cien.

Eusebio: Tengo trabajo. Me aseguro de que la caja encienda.

Margarita: ¿Te he dicho que olvidé cuántos años tenemos?

Alejandro: nuestras canas son el hecho material de nuestra madurez.

Judit: ¿Te he dicho que estoy encogiendo?

Héctor: Usa la escalera.

Angélica: ¿Te he dicho de la gota en la veranda?

El barómetro marcó quinientos.

Una caja para los dos

Mi hermano traza una línea que divide la caja:

la mitad derecha es para él y la mitad

izquierda es para mí.

Él impone las horas que me es permitida la caja:

La hora de la trampa para ratones.

La hora de la oropéndola.

La hora clavada en la pintura.

La hora que gasta la suela del zapato.

La hora que falta para que todo pase.

La hora que nuestras piernas cuelgan del tejado

y aplastamos,

yo las casas amarillas,

mi hermano las casas rojas.

Yo reparto los cerillos:

Uno para mi hermano, otro para mí.

Uno para mi hermano, otro para mí.

Uno para mi hermano, otro para mí.

Uno para mi hermano, otro para mí...

Lucien tuvo súbitamente la impresión de que la jarra también
jugaba a ser una jarra.

JEAN-PAUL SARTRE

20

La caja de cerillos juega a ser una caja de cerillos

A veces la ponemos de cabeza y nada se parece
a ella. Ni cuando la cambiamos de lugar.
Ni cuando vaciamos la habitación de toda
sombra que le impida ser la misma.
Se nos muestran sin atributos, de vagas
proporciones y con cinco puntas.
Otra es su envergadura,
otro su lenguaje
y otras sus costumbres.

21

A veces tenemos la impresión de que la caja
de cerillos juega a ser una caja de cerillos

Que es una lata en conserva, un roedor con miras
a la cocina,
la casa del hombre más pequeño del mundo,
torre que disminuye,
ataúd del polvo,
alhajero del pobre,
el zapato diestro del niño que tampoco sabe
reconocer una caja de cerillos de otra caja
de cerillos,
el regalo de lo inapreciable.
Su acartonado llanto nos adormece.
Ni siquiera necesitamos cerillos. Mi hermano prende
sus cigarros en la estufa y ninguno alcanza
la vitrina de las veladoras.

Y a veces también nosotros jugamos a ser nosotros mismos

Mi hermano abre la boca para darme un beso.

Yo quiero darle una escupida. Pero mi hermano

y yo todos los días nos besamos.

Braulio enciende un cigarrillo porque Braulio

siempre fuma y sus palabras terminan

en el cenicero.

Yo alcanzo la mermelada porque yo siempre uso

tacones a cambio de unos blancos pies.

A Braulio lo gobiernan las letrinas, a mí las trompas

de Falopio. Braulio es el esposo, yo la esposa

y viceversa, según vistamos.

Braulio se pone mi vestido verde y hornea pastel

de piojos. Yo uso el vestido verde para hornear

pastel de piojos.

Hoy llevo puesto el sombrero de Braulio.

Silencio.

Cuando Braulio usa este sombrero me retira la palabra.

«No teníamos madre. No teníamos padre. Teníamos esta caja de cerillos. Ella fue nuestra madre y nuestro padre. Fuimos la casa y ella fue el hogar.

Teníamos fe, ella era el templo y ataúd de nuestra esperanza».

«La realidad es un sonido»

Una taza de leche con huellas de labios para
desayunar. Es como despertarse y conocer
tu verdadero nombre.

Julio llevaba todos los ruidos dentro. Silbidos,
tambores, runruns. El rancio sabor de un tren
que pasa.

Soy como el teléfono de la habitación del fondo.

Siempre está allí, pero nunca suena, dijo.

Libélulas eléctricas repicaban dentro
del refrigerador.

*Me gustaría que se calle, que el mundo se callara
con él, alegaba.*

Es la realidad un sonido que llevamos clavado
en el cuerpo. Estamos obligados a escucharlo
hasta que un día nos estallen los oídos.

*El yogurt se hará calostro, le dije a mi hermano,
pero estaba ocupado con bolas de papel higiénico
para los tímpanos. Lo efectivo es la saliva,
me gritó.*

La realidad es un sonido, pero hay que sincronizar con ella,
no sólo seguir gritando.

ANNE CARSON

*La realidad entra por los oídos, de lo contrario
dejaría de ser un sonido, eso pensaba Bernardo
mientras le estallaba la cabeza.*

*La realidad tiene sus válvulas de escape,
sus conductos por donde entra y sale.
Es un sonido sordo que te va comiendo.*

El agua de la nevera se encharcó bajo el sofá.

El zumbido de las libélulas había mermado.

El refrigerador dejó caer tres silencios en la casa,

luego un eco, luego el vacío, luego nada.

25

«Hay que sincronizar con ella, no sólo seguir
gritando»

Incluso la sombra que produce un cuadro
en la pared reconoce el valor del silencio
y así vive.

*Quisiera ponerte a dormir hasta mañana, le dije
a Mauricio, pero recién salía, ocupado
con las bisagras corroídas por el áspero orín.
Pienso estar aquí al sol un largo tiempo. Eso le gusta
a mi hermanito porque mis muslos se asoman
tenues.*

En cambio cada movimiento suyo le añade un sonido
nuevo a mi amargura.

*No sincronizas con la realidad, se empeñó Antonio
en repetírmelo. El sonido que produce
es una carga para ti y tú eres una carga para mí.
Así es como hemos podido habituarnos.*

Caídas

Ludiones

Murmullos

Todo cae al vacío que dejan mis pechos a mitad
del sostén.

Mi hermano roció las bisagras oxidadas con aceite
de cocina. *Las pondré al sol junto a ti hasta
que retomen su textura*, dijo.

Siguió martillando la casa hasta que sentí
que la sangre me pesaba más que el cuerpo.

El sol calaba hondo.

Las bisagras podridas se mantenían a mi lado.
Sin alivio.

26

«Mi hermano siempre usa lentes para sol, incluso
cuando duerme; dice que la luz es un sonido
que estamos obligados a escuchar hasta
que nos explote la cabeza.

Una vez le pedí que se las quitara por lo menos
una noche.

Ese día no hicimos el amor.

Ni el siguiente».

La luz también es un sonido

Nuestro hogar se llenó de nódulos. En la cocina el ludir de cacerolas y la estufa evitaban que el silencio se infiltrara. Todo lo demás olía a encerrado.

Mi hermano cubrió con sábanas el tragaluz, cerró con llave la puerta y nos preparamos para vivir en el sótano. Un sitio que sabe guardar silencio.

Cada quien irá por su cuenta. Si voy contigo podríamos hablar de objetos. El calentador de agua. El microondas. El olor a pintura blanca. Podríamos llegar a conclusiones. La realidad nos encontraría en seguida, dijo.

La luz también es un sonido. Si apagamos la luz la realidad irá a buscar el ruido a otro lado.

Entonces tú y yo nos mudaremos a la azotea como siempre has deseado.

Asentí. Las ratas lo impedirán, pensé.

A esa hora sentía la noche sin verla, me caía en el cuerpo a gotas. Pegada con cinta adhesiva debajo de cada interruptor dejábamos la nota: APAGUE LA LUZ CUANDO NO LA ESTÉ USANDO.

«Mientras que los sótanos son comunes en el medio oeste, algunas partes del país como el suroeste y noroeste del Pacífico no tienen sótano debido a la mala calidad del suelo, que lo vuelve costoso».

La naturaleza de esta casa tiene su manera de no escuchar

Tan encariñada a los golpes que le propiciamos desde siempre.
 El suelo atiborrado de pasos fríos.
 Mi hermano y yo conocemos el sótano por el canturreo de cincuenta loros que allí se ocultan.
 Morados verdes azules amarillos es una explosión allá dentro,
 y hay un pinche loro que se come cualquier cosa que sea más pequeña que él.
 Parecido a lo de las ventanas. Llevó tiempo encontrarlas y, digan lo que digan, ellas mismas son la prueba irremisible de que existen.
¿Escuchas al loro? Se ha comido algo, susurró mi hermano.
Con ese ruido será imposible alejar la realidad, pensé.

Nos apretamos los zapatos antes de bajar la escalera.

Muebles con líneas rectas, muebles en círculos,
sillones despostillados, escritorios somnolientos.

El crujir del entablado se alimentaba de nuestras
pisadas.

Arturo subió a una silla y dejó caer un hilo de baba.

*Acerca más tu boca, dijo. Vamos a esperar
a que el papagayo se duerma,* siguió diciendo.

¿Qué no era un loro?

Supongo que llega el momento en que uno decide
hacer el largo viaje al rincón de su propia casa.

El sótano aún quedaba lejos.

«NO OLVIDE APAGAR LA LUZ CUANDO
NO LA ESTÉ USANDO».

Porque encender la luz y gritar no sirve de nada

La radio a las tres de la mañana zumbaba
luciérnagas insondables. Federico preparaba café
y me examinaba:

*Tu seno izquierdo está caído y ya no me gusta como
antes pero huele a dulce niña, dijo.*

Llevábamos noches pisando el suelo frío y nos dolían
los zapatos.

*Estás triste, me dijo. Ojalá tuviera un edificio
con todas las cosas que te gustan.*

Contemporicé.

La radio emitió el sonido de mil moscas.

Algo metálico rodaba por el pasillo.

*A esta hora me da miedo estar a solas
y que se me aparezca Dios, farfulló mi hermano.*

Juguemos a que yo soy Edipo y tú Yocasta, propuso.

*Tendrías que arrancarte los ojos cada vez
que hiciéramos el amor, recusé.*

*Me imagino una ventana en este trozo de oscuridad
con un pájaro mirando en sus alas congeladas,
interrumpió.*

El café nunca estará listo con la luz apagada.

Si la caja de cerillos no hubiera muerto.
*En cuanto amanezca nos ponemos a buscar hilo
rojo. Hilo rojo para que haga de sangre,
lo escuché decir.*

Seguí el sonido de la radio para desconectarla.
Me pareció haber encontrado el interruptor
de la luz.

32

«La realidad era un lugar que no conocíamos
y a donde nunca deseábamos ir».

56

¿Hasta qué punto somos uno y otro, uno para el otro, la muerte?

EDMOND JABÉS

«Amanece junto a la mesa de estar. De este lado
está anocheciendo».

¿Qué amanecer es éste?

Horacio se levantó como quien busca su lugar
después de caminar bajo el agua y el frío.
*A veces me desespero y me dan ganas de aventarme
de la azotea, ¿pero te imaginas cómo me vería
al caer? Necesito algo de músculo. Necesito
a un hombre en el espejo que me susurre
«valor», dijo.*

*Tú ya eres un hombre en el espejo, repliqué.
No pude darle una razón.*

La casa no ha vuelto a ser la misma

Jaulas verdes en pájaros muertos.

Nadie limpiará su mierda.

Mi hermano se come las uñas de las manos.

Yo me curo el vientre con saliva.

Me recuesto bajo los muebles. Héctor me reprende
por quitarles las zapatillas.

Puedo ver jarrones con agua bajo el colchón.

Ahuyentan malos espíritus. Me ahuyentan
si me acerco.

Rincones de calcetas sucias.

El veneno que las ratas dejaron para nosotros.

Altamente nutritivo.

Escondo la cabeza bajo el sillón. *Entre nosotros*

y esta casa hay un lugar con mucho viento,

le digo a mi hermano que sorbe leche

de un tazón dejado al gato.

Las paredes siguen en su sitio. Escuchando.

Las ocho en punto recostados en la sala

Este lugar durará toda la vida. Es una sensación
que tenemos desde siempre.

Había minotauros dibujados con fósforos usados.

El aire acondicionado mantenía pellejados nuestros
labios.

Ni mi hermanito ni yo mencionamos una palabra,
pero estuvimos de acuerdo en quedarnos

sentados mirando un tornillo en el suelo.

Nos oíamos respirar, toser; presentíamos el ademán
que hacía cualquiera, los mutuos ronquidos
y, de cuando en cuando, un pedo.

Mañana. Mañana me arrojas por la azotea, susurró.

37

«Solía llamarlo Mauricio, no recuerdo muy bien por qué».

38

Tazas de café por toda la casa

Las hemos bebido hasta sentir que una barra de metal nos perfora el intestino; un agujero del tamaño de nuestros cuerpos nos consume.

Los músculos se endurecen, me siento como una pared soportando un gran peso. Una goma que pega el azogue por dentro nos impide respirar.

*Dentro de una taza de café negro crece
lo que siempre brilla por su ausencia cuando
rellenamos formularios, leemos el hueco entre
las palabras de un libro o los labios cerrados
de un retrato,
es lo que he escuchado decir a mi hermano
últimamente; todo lo demás ha sido un largo
sorbo,
el choque de su dentadura con la porcelana.
Enciendo la cafetera, no queda más café;
él no lo sabe. Nos disponemos a beber la última
taza.*

Lágrimas, envíen lágrimas

Sergio escuchaba el noticiero de la tarde.
«Niños muertos madres violadas madrugada
de sábado Valle de México. 2012». Jamás pensé
que se llevaran a tantos.
Un día negro y bulboso. Desde que despertó,
mi hermano ha intentado abrir una lata
de sardina. Observé que tenía transparentes
las ventanas de la nariz.
Es una putada, dijo de pronto. *Mi mano está hecha
una hojalata. Usaré el taladro.*
En el televisor una grúa transportaba la cabeza
del último niño,
ese niño era una cabeza,
esa cabeza era un niño.
*Fue una ametralladora Maxim, estoy seguro, gritó
Isaí mientras taladraba. Ojalá tuviéramos
una, te apuntaría con mi rostro de caja
de cerillos*, dijo.

La sardina salió disparada como si alguien la hubiera vomitado. Un embutido rojo con luces amarillas. Se quedará pegado en el tapiz por mucho tiempo.

Supongo que hicieron un embebido parecido con esos niños. No está del todo vivo lo que sucede en la pantalla, queda dentro un espacio confuso, un dolor con el disfraz correcto dando gritos para que lo cures desnudándolo.

Apaga eso, grité.

La grúa transportaba restos de algo importante, algo como el final del día.

«El mundo es una cicatriz. Sigue ardiendo a pesar de todo».

El cadáver de una caja

Llevaba tres horas, doce minutos, parado contra la pared.

Los ojos le dolían por el esfuerzo de intentar verlo todo sin mirarlo.

Mi hermanito se había enojado porque yo no caía en la cuenta de la importancia del fallecimiento de la caja de cerillos.

Me culpó, yo lo culpé a él, y juntos culpamos al fuego y lo maldecimos con agua.

Si nos ponemos a buscar otra seguro la encontramos. Cuando mi hermanito y yo buscamos algo siempre lo encontramos.

Mario comenzó a llorar y sacó sus crayones sólo porque yo quería hacer el amor. Después me di cuenta que el pobrecito sí quería, pero no pudimos.

Mi hermano sacó su lápiz amarillo y lo arrastró sobre el piso como un lento péndulo ante sus ojos. Yo arrojé la caja de cerillos muerta por el triturador.

Ocho cerillos en el piso

Los domingos, antes de que la casa despierte y se dé cuenta, mi hermanito y yo buscamos otra caja.

Hasta el momento llevamos ocho cerillos; no los hemos querido levantar hasta tener donde guardarlos.

Cristóbal descansa en la bañera, su lugar favorito en el mundo. *Nunca la recuperaremos,* se oyó a sí mismo.

Sintió que todos los objetos de la habitación se lanzaban lejos de él.

¿Exactamente dónde comenzaste a no sentir nada?
Me recosté a su lado sin esperar una respuesta.

En la forma de preguntar se hallan las respuestas

¿Exactamente dónde comenzaste a no sentir nada?

Era una pregunta que Leonardo quiso responder
mientras observaba un fósforo en el piso.

La idea de ese fósforo como fuego sordo bajo
nuestros pies, o la palabra que llamamos *fósforo*,
le maravilló.

Tan encariñado a ella como a su dolor de cabeza.

Lo haría renunciar a mí y descubrir defectos
en mis nalgas.

Mi hermano se irritaba porque no podía indicar
la vastedad en su corazón.

Intentó suicidarse y luego lo intenté yo y después
intentó suicidarse y luego lo intenté yo y después
volvió a intentarlo él y nada dio resultado.

Mi hermanito se arrancó el cabello;
siguió con el mío.

El fósforo nos desconoció. Abril fue el mes más
calvo.

Treinta seis horas o más

Esperemos a que todo pase
recostados, cada quien en su sillón,
esperemos
a que se muera el color de las uñas, la ropa tendida
al sol y sus fantasmas.

El café amargo de todos los días.
Los ruidos del amor, su chorro de agua.

Los resquicios de esta casa para la que somos
unos inútiles.

Los pasos que le damos para andar perdidos
siempre.

*Quiero dormir después de dormir doce horas
seguidas, dice mi hermano. Es mejor dejar
que pase todo, le contesto.*

El televisor enciende sin reclamos, las molduras
de estos muebles se pudren sin pedir
explicaciones.

Así tú y yo, esperando a que todo pase.

La muerte de una caja de cerillos no tiene remedio.
El temor en la cama no tiene remedio. La vida
huye cuando intentas regresarle un puntapié.
Mejor esperar a que reviente la hebra de nuestra
histeria. El resorte del odio. El nudo
en la garganta. La cuerda del mundo.
Dejemos que todo pase.
El polvo en el cabello, su prematura caída.
El nido de hormigas, su túnel invisible a cualquier
parte.
La humillación.
Los dolores de cabeza. Todo está en el cerebro.
El dolor de muelas. El sueño que nos ayuda
a sonreír ante las bestias.
Esperemos a que pase todo
con las manos atadas al reloj. Treinta y seis horas
o más.
Esperemos.

*Me imagino una ventana en este trozo de oscuridad
con un pájaro mirando en sus alas congeladas,
era la frase que repetía mi hermano cuando
no tenía nada más que decir.*

«Yo quería irme en silencio, pero el ruido me seguía».

Índice

- 1 La buscamos en los corredores de su mano izquierda, 9
- 2 Convenimos para la caja un lugar que no la delatara, 10
- 3 El vestido era verde, 11
- 4 Bajo las costuras de un vestido verde corre el dolor, 12
- 5 Todas las moscas del zaguán proceden de mis días de estreñimiento, 14
- 6 Una sucia mañana de sábado el despertador no timbró, 15

- 7 «Si me lo preguntan...», 17
- 8 El sábado transcurre blancamente, 18
- 9 Podríamos advertir que vivió un gato, 20
- 10 Mi hermano sintió que algo faltaba, 22
- 11 Celebración de lo inútil, 23
- 12 Vuelta a «Celebración de lo inútil», 25
- 13 «El fósforo fue descubierto...», 26
- 14 Semanas orinando en los rincones, 27
- 15 «Para la perfecta comprensión de nuestra historia», 29
- 16 Nombres que yo invento para él, 30
- 17 Nombres que él inventa para mí, 31
- 18 Coloquio, 33
- 19 Una caja para los dos, 36
- 20 La caja de cerillos juega a ser una caja de cerillos, 38
- 21 A veces tenemos la impresión de que la caja de cerillos juega a ser una caja de cerillos, 39
- 22 Y a veces también nosotros jugamos a ser nosotros mismos, 40
- 23 «No teníamos madre...», 41
- 24 «La realidad es un sonido», 43
- 25 «Hay que sincronizar con ella, no sólo seguir gritando», 45

- 26 «Mi hermano siempre usa lentes para sol...», 47
- 27 La luz también es un sonido, 48
- 28 «Mientras que los sótanos son comunes...», 50
- 29 La naturaleza de esta casa tiene su manera de no escuchar, 51
- 30 «NO OLVIDE APAGAR...», 53
- 31 Porque encender la luz y gritar no sirve de nada, 54
- 32 «La realidad era...», 56
- 33 «Amanece junto...», 58
- 34 ¿Qué amanecer es éste?, 59
- 35 La casa no ha vuelto a ser la misma, 60
- 36 Las ocho en punto recostados en la sala, 61
- 37 «Solía llamarlo Mauricio...», 62
- 38 Tazas de café por toda la casa, 63
- 39 Lágrimas, envíen lágrimas, 65
- 40 «El mundo...», 67
- 41 El cadáver de una caja, 68
- 42 Ocho cerillos en el piso, 69
- 43 En la forma de preguntar se hallan las respuestas, 70
- 44 Treinta y seis horas o más, 71
- 45 «Me imagino una ventana...», 73
- 46 «Yo quería irme...», 74

La caja de cerillos

Una novela en verso

Segundo semestre de 2014

Impresión

Gráfica Premier, SA de CV

Calle 5 de Febrero 2309

Colonia San Jerónimo Chicahualco

52170 Metepec

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2013

Universidad Autónoma de Zacatecas